

# Los distintos caminos hacia el Socialismo

Raúl Ampuero

El Seminario que empezamos a realizar es un intento de reunir información y opiniones sobre temas que atraen la atención del movimiento socialista y revolucionario del mundo y, especialmente, de América Latina. Nuestro Partido, al celebrar su Trigésimo Aniversario, ha querido colocarlos en la agenda de una discusión fraternal, sin alentar la pretensión de arribar, en esta primera cita, a conclusiones definitivas. Tanto la hondura como la extensión de las cuestiones en examen, requerirán con seguridad una profundización lenta y gradual. Perdonadme, pues, si en mi calidad de relator me limito a enunciar la mayor parte de las cuestiones, absteniéndome de sentar tesis rígidas o conclusiones definitivas. Mi papel se reduce a señalar los contornos generales de la discusión y adelantar, a veces, ciertas concepciones que han estado y están inspirando la conducta política de nuestro Partido.

En un Seminario que se propone analizar los problemas contemporáneos del socialismo, y, fundamentalmente, las diversas vías de su realización, debemos dilucidar, primero, una cuestión que siempre se plantea en este tipo de debates: el contenido y la extensión del concepto socialista. A lo largo de la Historia, esta noción ha sufrido diversas interpretaciones, amplias o restrictivas, pero debemos reconocer que, en estos momentos, no se trata de una controversia semántica, sino de fijar un cuadro realista al debate que vamos a iniciar esta tarde. Dentro de tal criterio, me permito suponer que entre los asistentes al Seminario, militantes socialistas, eludiendo disquisiciones más finas o escolásticas, deberemos partir considerando como elementos fundamentales de esta concepción a lo menos dos que estarían fuera de discusión. Sólo calificaremos de socialista a aquel régimen o a aquel movimiento que se propone la abrogación de la propiedad privada en los medios de producción y que reconoce en la clase tra-

bajadora el elemento dinámico por excelencia de ese cambio social. Sabemos, positivamente, que una definición tan primaria del concepto deja sin resolver una infinidad de temas menores, pero sirve al menos, para situar —repito— el área de nuestra investigación dentro de límites siquiera provisorios.

La acepción de esta premisa inicial significa, en forma inmediata, dejar al margen del campo que hemos definido a aquellos partidos o tendencias que, aunque se siguen llamando socialistas, renunciaron expresa o tácitamente a reemplazar al capitalismo como sistema de producción, como estructura de la sociedad, y se resignan sólo a humanizarlo, a lograr reformas progresivas destinadas a hacer más llevadera y menos mezquina la condición de vida de las masas. Tal criterio, margina de nuestras consideraciones a la generalidad de los partidos que actualmente integran la Segunda Internacional y que, a lo largo de los últimos años, como consecuencia de sucesivas reformas a sus programas y a su ideología, han terminado por incorporarse más o menos resueltamente a la defensa del orden capitalista establecido. Por lo demás, la composición eminentemente europea de la social democracia, de la Segunda Internacional, parecería confinarla dentro de las fronteras del viejo continente, o, al menos, a negarle —total o parcialmente— influencia en la periferia del mundo, precisamente en esa región donde las grandes transformaciones se desarrollan y tienen su escenario principal. En un análisis teórico, tal actitud no implica desconocer en forma absoluta el papel ocasional o relativamente útil de aquellas manifestaciones políticas en el conjunto de los complejos factores que presentan los acontecimientos internacionales. Los partidos socialdemócratas, como tendencias internas y progresivas del capitalismo, en ciertos momentos pueden facilitar el avance socialista al coincidir con algunos de sus pro-

pósitos más inmediatos. Me refiero, particularmente, a la influencia de esas corrientes en el movimiento obrero y sindical y a su participación, muchas veces positiva, en problemas tales como el del desarme o la atenuación de las tensiones internacionales.

Dos grandes factores globalmente considerados, y descartando para fines pedagógicos otros de menor importancia, desafían hoy a la sociedad capitalista y responden en sus líneas generales a la caracterización general que hicimos del socialismo hace pocos momentos. Por una parte, el movimiento comunista internacional y, por otra, el movimiento revolucionario y antimperialista que se desarrolla en la mayor parte del globo. Ambos, en esencia, operan más bien desde el exterior, desde la periferia del mundo capitalista más que desde su corazón. Los partidos comunistas metropolitanos, en el interior de las potencias imperialistas, han llegado a cierta estabilización que hace distantes sus posibilidades de victoria, y el movimiento antimperialista, en substancia, hiere al sistema más bien en sus prolongaciones coloniales o semicoloniales. Es obvio, sin embargo, dentro de una visión dinámica de la Historia, que ambos factores influirán, a su vez, sobre los factores domésticos actuantes en el seno del capitalismo, en el sentido de una transformación y que facilitarán, en el futuro, el planteamiento de situaciones en el seno de las potencias imperialistas que ayudarán al cambio en una esfera más universal.

Pienso, compañeros y amigos, a esta altura de los acontecimientos, que sería una discusión bizantina el entrar a discutir si el comunismo, tal como lo conocemos, es o no una expresión del socialismo contemporáneo. Todas las objeciones teóricas que pudiesen formularse se estrellarían contra un hecho incuestionable: Para el hombre de hoy, para el ciudadano del siglo 20, para la opinión pública actual, el comunismo, como sistema estatal o como movimiento, es una de las manifestaciones concretas e históricas del socialismo de nuestro tiempo. Las razones de esta aceptación emergen de los hechos y son casi obvias. La revolución de 1917 abatió el poder feudal-capitalista de la vieja Rusia e instaló, incuestionablemente, un tipo nuevo de Estado y de Gobierno, un Estado y un Gobierno en el que la participación de los campesinos y de la clase obrera fue evidente y real. Era esta la primera experiencia victoriosa de un Gobierno revolucionario y obrero, que planteaba explícita y concientemente una transformación en el sentido socialista de la

vieja sociedad. Se dio, sin embargo, el ensayo, rodeado de condiciones objetivas que conspiraban contra su desarrollo progresivo. Por una parte, la Rusia Zarista, tomando el conjunto de su economía, había logrado un desarrollo incipiente de sus fuerzas productivas, no era un país capitalista típico, en el punto más alto del ciclo evolutivo. Y, por otra parte, las exigencias de la defensa militar, contra la intervención extranjera, exaltaron factores que indujeron a la centralización gradual del poder y al establecimiento de una rígida disciplina interna. Ambos factores, pues, influyeron para asignarle al partido bolchevique —conductor de la revolución— un rol monopolístico y exclusivo, y, enseguida, contribuyeron a erigirlo en una suerte de intermediario carismático de las masas. Como lo temieron diversos teóricos del movimiento socialista de ese tiempo, tales elementos objetivos y tales tendencias fueron el germen de deformaciones posteriores e impidieron el sano desarrollo de una democracia socialista auténtica.

Como consecuencia de la necesidad de acelerar violentamente el desarrollo, de incrementar las fuerzas productivas, de establecer, en suma, una base material que permitiese el perfeccionamiento de las instituciones socialistas y de las relaciones socialistas entre los hombres, se acrecentó numérica y cualitativamente el poder de la burocracia; se extendió su influencia política y se centralizó la gestión económica en términos hasta entonces no alcanzados. En los planos teórico y práctico se fortaleció el papel y el aparato del Estado, contrariando más de alguna previsión de los fundadores del socialismo acerca del papel del Estado una vez producido el derrocamiento del capitalismo. Y, en la misma medida en que estos fenómenos toman fuerza, las masas fueron despojadas de toda intervención real y directa en la gestión del nuevo gobierno y del nuevo sistema. Con el correr de los años, el propio partido dirigente fue supeditado por las fuerzas de coacción del Estado, por las fuerzas policiales, que llegaron en algún momento a constituirse en el órgano represivo y político de la casta burocrática asentada en el poder.

Lo dicho, en resumen, caracteriza lo que llamamos la "etapa stalinista". De lo dicho también se desprende que la presencia de este fenómeno histórico y de sus monstruosas características —según las propias palabras de sus actuales críticos soviéticos— no podría explicarse científicamente desde el ángulo del marxismo con la simple apelación al llamado "culto de la personalidad". El "cul-

to de la personalidad" sería sólo la forma externa de un fenómeno que tiene raíces mucho más profundas en el desarrollo sociológico, económico y político del nuevo Estado Soviético. Quedaría aún por averiguar si en esa época, tan duramente castigada por la crítica actual, —tanto del partido comunista soviético y de sus dirigentes como de la opinión revolucionaria internacional— quedaría por averiguar todavía, digo, si subsistió en ese período la Dictadura del Proletariado, como sistema político de la sociedad revolucionaria y socialista, o si en su lugar, y sobre la base de una economía estatal, se edificó una monstruosa y nueva forma de bonapartismo burocrático.

Los acontecimientos históricos han dejado atrás una época que, sin embargo, será siempre interesante como objeto de investigación para preservar el movimiento revolucionario, en otras latitudes, de las deformaciones operadas en la primera experiencia revolucionaria y socialista del mundo.

La muerte física de Stalin cerró este período y abrió otro de progresiva democratización del régimen. Operaron varios factores positivos, que siguen actuando con distinta intensidad en la vida soviética. Desde luego, el incremento numérico de la clase obrera. Una pujante sociedad industrial reemplazó la arcaica sociedad prerevolucionaria, incorporando nuevas fuerzas productivas y asimilando a la economía soviética a millones de nuevos operarios industriales y, enseguida, promovió una notable elevación de los niveles de cultura. La formación de técnicos, intelectuales y artistas, el incremento de la educación básica y de la especialización de la mano de obra, fueron elementos poderosos para romper una estructura que frenaba los impulsos de progreso implícitos en una revolución socialista. También contribuyó, en una medida importante, a lo que se llamó "el deshielo" y al proceso de democratización del régimen soviético todavía en curso; al contacto de la sociedad soviética con los países europeos que, al término de la segunda guerra mundial, se incorporaron de una u otra forma a la construcción del socialismo. La expansión geográfica, pues, del sistema socialista, al vincular estrechamente al pueblo ruso con pueblos de vieja cultura y de un notorio avance tecnológico, contribuyó también al proceso que, ligeramente, diseñamos. En la actualidad, parece claro al observador desprejuiciado, al investigador científico de los procesos mundiales, al marxista estudioso de la

realidad que tenemos ante nuestros ojos, que, pese a los progresos logrados en distintos terrenos, fundamentalmente en los campos de la cultura, de la descentralización económica y de la democratización de los métodos de gobierno, siguen chocando en el interior de la Unión Soviética las fuerzas nuevas, liberadas después de la muerte de Stalin y las tendencias conservadoras, con sólidos puntos de apoyo en el aparato burocrático, económico y aun militar.

En otro campo, la revolución anti-imperialista y anti-colonial, acelerada desde el término de la segunda guerra mundial, ha constituido un segundo frente de ataque contra el capitalismo y, lo que es más interesante para nuestro estudio, como movimiento de liberación nacional y social, ha venido a constituirse en un punto de encuentro entre el nacionalismo revolucionario y el socialismo. Decenas de países, millones de hombres, pasan bruscamente a ser protagonistas de la política mundial después de haber vivido por siglos en el subterráneo de la Historia. Y en estas áreas se comienzan a plantear, con vitalidad extraordinaria, fenómenos que reclaman un acucioso análisis por parte de las fuerzas socialistas, de los estudiosos del marxismo, de los ideólogos revolucionarios.

Una primera cuestión planteada por estos movimientos es el papel de la burguesía nacional, como clase, en la conducción de la Independencia nacional, y en la fase subsecuente de transformaciones sociales y económicas internas. La Historia reciente, al menos en aquellos países de los cuales tenemos una mejor información, ha venido demostrando la crisis de las concepciones que asignaban a la burguesía nacional, en forma exclusiva y concluyente, el papel de guía en la liberación nacional y en la revolución anti-imperialista. En unos países, más que en otros, la participación de los trabajadores, de los campesinos, de los sectores asalariados en la dirección de la lucha ha pasado a ser cada vez más significativa y, con frecuencia, han constituido el núcleo rector del proceso revolucionario antimperialista. Lograda la independencia nacional, creado el Estado nuevo, diversas condiciones internas imponen a cada una de estas experiencias, en una forma u otra, orientaciones de tipo socialista. Ya mencioné, como factor preeminente, la participación real que ha cabido a los trabajadores, y, entre ellos, fundamentalmente a la clase obrera, en el camino de la lucha, rompiendo la hegemonía de la burguesía y reduciendo el papel de esta clase a términos subalternos. Contribuyen

también a esta orientación socialista los términos en que se plantea el problema agrario. En estos países, la tradición comunitaria precapitalista, que caracterizó la explotación del campo, adquiere un nuevo impulso en niveles más modernos y más altos, asignándole a la Reforma Agraria un carácter cooperativo o colectivista. En otros, la estrechez de las áreas agrícolas y las amplias dimensiones de su población rural, ha empujado también hacia formas colectivas de explotación de la tierra, al menos temporalmente, evitando la migración de grandes masas campesinas a las ciudades, en momentos en que aún la expansión industrial no está en condiciones de asimilarlas. La participación decisiva de los obreros y trabajadores en la gesta de la liberación nacional los ha conducido a una participación siempre principal, y a menudo significativa, en la gestión de la industria nacionalista. Aún en las naciones que comienzan desde más atrás sus experiencias libertarias, la nacionalización de las riquezas básicas siempre ha significado una transferencia de manos del capital privado foráneo a manos del Estado nacional, nunca un mero desplazamiento del empresario particular extranjero al empresario criollo. Podríamos añadir, todavía, que la ineficacia de los incentivos clásicos del capitalismo para promover el desarrollo con la violencia y la celeridad que la nueva sociedad necesita, inducen, igualmente a buscar formas de organización económica que tienen una estrecha vinculación con los conceptos del socialismo. Casi todos los países recientemente liberados adoptan como técnica de promoción económica la formulación de planes de desarrollo que, en una u otra medida, establecen un sector público en la economía, con decidida tendencia a adoptar conceptos, criterios y normas socialistas. En el orden internacional, la emergencia de estos estados plantea situaciones que colaboran en la situación que analizamos. Todo país nuevo que ha conocido las depredaciones del Imperialismo tiende a buscar relaciones internacionales múltiples, multilaterales, tanto para lograr fuentes de financiamiento adicionales a su estado interno, como para, a través de un mercado más amplio, mejorar las condiciones del intercambio y elevar las cotizaciones de sus exportaciones. Como última consideración en este orden de ideas, podríamos añadir que la misma necesidad de concentrar su esfuerzo en el desarrollo económico y de impedir la dilapidación de riquezas en los gastos estériles de la defensa nacional, orienta a estas naciones a gravitar fuertemente en

el mantenimiento de un clima de paz internacional.

Sería útil, a lo largo de este seminario, analizar cómo cada uno de estos factores, en distinto grado, se halla presente en las experiencias revolucionarias —cuando no socialistas— de países como Bolivia, la República Árabe Unida, Cuba y Argelia. Al menos, como dije denantes, por la circunstancia especial de que los socialistas chilenos disponemos de un acopio mucho más grande de información respecto de esos países que con relación a los de Africa o del Asia.

Dentro y fuera del bloque soviético, la multiplicación de las experiencias nacionales que se orientan hacia el socialismo y la extensión territorial, por ende, del socialismo como sistema de gobierno vienen planteando el problema de la diversidad de vías para su desarrollo. Aun países que no se establecieron inicialmente auxiliados por la victoria militar del Ejército Rojo, como ocurrió en algunas naciones de Europa, y que acogieron sin reservas el modelo soviético de construcción socialista, han debido corregirlo, protagonizando a veces convulsiones dramáticas, como ocurriera en los casos de Hungría y Polonia. Para adaptar su trayectoria a condiciones nacionales, hasta ese instante ignoradas, o subestimadas. Pero, donde el proceso es más original y más autónomo es incuestionablemente en China y en Yugoslavia, sin analizar los casos más recientes y de más difícil análisis, por lo breves, de Cuba y de Argelia.

Pese a las diferencias ideológicas que, en diferentes planos, separan las concepciones chinas de las concepciones del socialismo yugoslavo, encontramos en ambos países un factor común: La revolución fue en los dos el producto de circunstancias y procesos internos, obedeció a impulsos sociales y condiciones históricas absolutamente nacionales, aunque estuviesen enclavadas en el cuadro del acontecer internacional. Las referidas disidencias plantean ahora al pensamiento socialista el problema de las diversas vías del desarrollo del socialismo y el problema del valor de las condiciones nacionales en la construcción socialista, en una dimensión y en un plano nuevos. Se ha pretendido centrar el debate en el seno del movimiento comunista, como una alternativa entre el "monocentrismo" y el "poli-centrismo", en una diversidad de criterios para estimar si sigue siendo indispensable una dirección nacional única en la estrategia universal del movimiento comunista, o si las condiciones históricas estarían exigiendo una multiplicidad de centros que, por supuesto,

podrían encontrar coordinación en un plano superior. Me atrevería a avanzar que el movimiento comunista no ha podido construir hasta ahora un sistema de relaciones, una estructura coherente que reemplace la anterior virtual dirección de la Unión Soviética. Resulta, por ejemplo, ilustrativo al conocer los documentos duplicados a lo largo de esta polémica, como, por encima de las diferencias de fondo, tanto el Partido Comunista Chino, como el Partido Comunista Soviético centran su crítica en una misma objeción: El Partido Comunista Chino considera inapropiado para la unidad del movimiento comunista mundial el que un partido —en este caso el Partido Comunista Soviético— excluya de la comunidad a otro partido en forma unilateral, en virtud de su propio examen y en una decisión absolutamente singular. Mientras esta crítica es formulada en los documentos chinos que hemos tenido a nuestro alcance, idéntica crítica, la misma objeción, formulan los teóricos del Partido Comunista Soviético con relación al Partido Comunista Chino y sostienen que es igualmente inapropiado, que contraría las reglas de la convivencia comunista, el que el partido chino rompa todo género de relaciones fraternales con la liga Comunista Yugoslava. Lo señalo como síntoma de la carencia de un sistema de reemplazo de la vieja alianza de los partidos comunistas en el mundo, que reconocía como un axioma la dirección del Partido Comunista Soviético.

Los socialistas, en diferentes documentos oficiales, venimos formulando estas observaciones y planteando la necesidad de una nueva forma de integración, de una integración democrática del socialismo internacional, que incorpore al frente anticapitalista a todas las fuerzas revolucionarias antimperialistas, aun cuando sus objetivos inmediatos y expresos no se propongan el establecimiento de una sociedad integralmente socialista. Convencidos de que el dinamismo de su propio desenvolvimiento, y los requerimientos de las condiciones objetivas sobre las cuales actúan, irán acentuando —con mayor razón si obtienen la ayuda práctica e ideológica del movimiento revolucionario internacional— los rasgos que los conduzcan hacia metas típicamente socialistas.

Sumariamente, camaradas y amigos, procurando, como lo dije al comienzo, simplemente dibujar los contornos de nuestra discusión, podríamos enunciar las grandes cuestiones del socialismo contemporáneo de la siguiente manera:

**Problemas de la Unidad:** La necesidad de

que el movimiento socialista pueda integrarse en un sistema democrático de coordinación política estratégica e ideológica, sobre la base del respeto a cada uno de los partidos y a cada una de las experiencias y en términos que supongan, por supuesto, una concepción unitaria global de nuestras tareas. Supone abordar con objetividad científica lo que habitualmente —y muchas veces abusando del lenguaje— pasan a ser simples calificaciones peyorativas: El sectarismo y el revisionismo. A lo largo de muchos incidentes, tales palabras, en lugar de calificar el resultado objetivo de un examen honesto, sólo sirven para descalificar anticipadamente al eventual contradictor. Proceso de unidad que debe tender a la universalización del movimiento, incorporando las agrupaciones anti-imperialistas revolucionarias y que debe hacerse, simultáneamente en un incremento de las relaciones multilaterales en todos los planos, de todos los partidos, movimientos y tendencias incluidos en el mundo socialista.

En segundo lugar, y sólo para enunciarlo, ya que es un viejo tema polémico en los partidos socialistas: **problema de los métodos de lucha**, que, no obstante, requeriría algún análisis en este seminario. La concepción de la revolución y de la reforma, la combinación de los medios legales e ilegales de lucha, aun cuando tienen una valoración fundamentalmente nacional, sería importante ponderarlos como posibles alternativas para América Latina.

En tercer lugar, **problemas ideológicos**. La coexistencia pacífica y la lucha de clases, entre ellos. Se ha venido sosteniendo, con alguna precipitación, que la lucha por el término de la guerra fría y de la tensión internacional implicaría un abandono de la lucha de clases como elemento dinámico en la transformación de cada país, de cada Estado. Hemos sostenido, cada vez que ha sido necesario, que tales conceptos no tienen por qué ir unidos, que un clima de convivencia pacífica, en el plano universal, que el aflojamiento de las tensiones internacionales, no sólo no obligan a renunciar a la lucha por los cambios sociales en el seno de cada país, sino que, incluso, ella puede tener un renovado impulso al librar a los partidos y movimientos del peso de la polarización de los bloques y de las amenazas de la guerra internacional. La paz y el desarme, la concepción de la guerra de liberación nacional como una guerra justa, la justificación de la violencia cuando los países, particularmente los que acaban de

liberarse, o que están en vías de hacerlo, defienden sus fronteras, sus derechos a crear un orden nuevo y a hacerlo dentro de las trayectorias que estimen más favorables a los intereses de sus pueblos, constituyen otros aspectos del mismo tema. El Estado, el capitalismo de Estado y el burocratismo, dentro de una sociedad básicamente socialista. La necesidad planteo, de analizar cómo en una sociedad socialista, por el sólo hecho de establecerse el gobierno revolucionario, no resuelve automáticamente todas las contradicciones; analizar con la ayuda de las experiencias históricas, cómo en el seno de esos países, la concurrencia de diferentes factores objetivos y subjetivos promueve tendencias regresivas, muchas veces antagónicas al socialismo o que al menos amenazan seriamente el desarrollo de las relaciones sociales socialistas.

**La Dictadura del Proletariado:** La dictadura del proletariado, como democracia de trabajadores. Ningún revolucionario desconoce la necesidad histórica de que, una vez lograda la derrota del capitalismo, se entreguen los pretendidos derechos de las clases parasitarias que han sostenido un sistema de explotación. Pero, dentro de las más puras tradiciones socialistas y en el espíritu de sus fundadores, estuvo siempre la idea de que tal dictadura revolucionaria debía desembocar, inevitablemente en una muy amplia democracia de los explotados. La experiencia stalinista ha demostrado la necesidad de establecer instrumentos institucionales democráticos en el Estado obrero, que neutralicen las tendencias regresivas que pudiesen germinar en su seno.

**La propiedad nacionalizada, la propiedad social y la autogestión:** Se trata de saber si, con hacer propietario al Estado y con asignarle la representación natural de la clase obrera, hemos arribado ya a las más altas formas del socialismo. Pareciera desprenderse de las experiencias recientes que de la propiedad estatal queda aún mucho que recorrer para transformarla definitivamente en propiedad real de la colectividad, de la sociedad. Y, en tal sentido, la autogestión de los medios de producción y el desarrollo de la democracia en el campo industrial y económico, constituyen aproximaciones importantes, vivas, experimentadas actualmente en diversa medida en algunos países que han logrado terminar con el capitalismo.

En cuarto lugar, **problemas del intercambio entre naciones socialistas:** La mayor parte de los conflictos que se plantearon durante el último tiempo entre países socialistas se ha

generado en un planteamiento erróneo de las relaciones de intercambio entre las naciones socialistas. En este punto, habrán de auxiliarnos con sus conocimientos, diversos compañeros especialistas. Pero el problema está ahí. Las naciones socialistas alcanzan este estado en su evolución cuando sus grados de productividad son diferentes, de modo que la simple aplicación de los criterios de precios del mercado internacional no llevan automáticamente la justicia en el intercambio, de tal manera que parece necesario crear y establecer formas justas y nuevas de relaciones comerciales internacionales entre países socialistas de diferentes niveles de desarrollo.

En quinto lugar, **problemas del desarrollo económico socialista.** Entre ellos, y enumerando sólo los principales, procedencia o inconveniencia de la ayuda externa de origen capitalista; hasta dónde un Estado Socialista, y en qué condiciones, podría estimar útil a sus propias finalidades el incremento de su capital interno con la ayuda de países capitalistas. Relación entre los planes nacionales de desarrollo económico y la autogestión: Inquestionablemente, hay una zona conflictiva donde se precisan soluciones nuevas, audaces y creadoras, para fomentar la democratización de la gestión industrial y, al mismo tiempo, mantener las finalidades reguladoras de un plan nacional del Estado. La incorporación de la agricultura a la economía socialista: Creo que no afirmo ninguna impertinencia si digo que en todas las experiencias conocidas el tratamiento de la economía agraria, en relación con una economía industrial socialista, ha sido uno de los problemas claves en el desarrollo de casi todos los países que trabajan en este campo.

En seguida, la cuestión del tránsito del socialismo a una economía comunista. Se trata, compañeras, compañeros y amigos, de saber en qué instante un país entra realmente en la fase comunista. Se ha venido afirmando con cierto énfasis que la Unión Soviética está logrando ese nivel. Sin embargo, sabemos que en el campo más sensible, y que primero debía incorporarse a las normas de una economía comunista, la insuficiencia productiva es notoria. Me refiero a la imposibilidad en que parece encontrarse la Unión Soviética de entregar alimentos según las necesidades, y no según el aporte de trabajo, de cada habitante de sus fronteras.

En sexto lugar, **los problemas políticos.** Algunos ya enunciados. Los instrumentos institucionales democráticos del gobierno revolucionario. Tanto en estructura como en opor-

tunidad. Las revoluciones desatan, en cualquier latitud en que se produzcan, energías imprevisibles. El entusiasmo por la construcción de una nueva sociedad, se manifiesta en la forma más espontánea y voluntaria, pero, no hay duda que ese estado de exaltación colectiva no es una modalidad normal en el desarrollo a largo plazo de una sociedad nueva. Y es un peligro históricamente comprobado que, cuando el entusiasmo espontáneo decae, que cuando esa exaltación ha desaparecido, en la generación que hizo la revolución, en las que le siguen se sustituye esa colaboración voluntaria por una ficción impuesta coactivamente desde el Estado, muchas veces a través de medios típicamente policiales. La creación, entonces, de instituciones que mantengan la conexión entre el interés político y social de las masas trabajadoras y los objetivos de su gobierno revolucionario, constituye un problema cardinal para quienes esperamos inaugurar, en un tiempo no remoto, nuevas experiencias en este continente. La concepción de la democracia directa. Se ha hablado de ella como el gobierno que encuentra su orientación en los comicios multitudinarios, más que en instituciones realmente representativas, más que en consultas metódicas de la opinión pública. Los compañeros yugoslavos han reservado esta denominación para un sistema de relaciones entre el ciudadano, el productor y el Estado, que comienza en la comuna, como célula viva y vital de la sociedad; que se prolonga en la gestión social, sobre servicios y actividades que ordinariamente quedarían en manos del Estado, como aparato gubernativo, y que, por último, altera radicalmente la participación del elector, del ciudadano común y corriente, en los negocios públicos. Vale decir, hay una diferencia substancial entre el elector nuestro, el chileno, que entrega el mandato a un diputado, senador o gobernante, en una determinada ocasión, cada ciertos largos períodos, y la concepción del elector como factor activo en el desarrollo social, participando en la selección de sus representantes, en la elección de ellos, en el control de su actividad y que, incluso, adquiere el derecho de la revocación de sus mandatos. El problema del gobierno uni o pluripartidista y, más que esto, que puede ser una alternativa importante de analizar para los chilenos, la concepción del Partido, aislado y solo, como único intermediario entre la voluntad política de las masas y el Estado, o la idea de un partido como centro, núcleo y columna vertebral de una más amplia orga-

nización de instituciones, movimientos y personas, fieles al credo revolucionario; entre la concepción del Partido Bolchevique, como representante exclusivo y excluyente de la opinión política de las masas, y ciertas experiencias nuevas en gestación o en desarrollo, hay evidentemente diferencias importantes que subrayar. Para los compañeros yugoslavos, la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador constituye una amplia plataforma política y social, desde la cual recoge la Liga Comunista muchas inspiraciones y, al menos, le permite ponderar con exactitud tendencias, inclinaciones y esperanzas de la opinión pública. El Frente de Liberación Nacional de Argelia, para situarnos en una experiencia más reciente y cuya trayectoria final no conocemos, es también una nueva tentativa, o una nueva versión, de la estructura del núcleo político gobernante, guía de la revolución. Y, por último, el caso, más singular todavía, de Cuba, donde el Partido ha venido a constituirse después de la revolución. Actualmente, y creo que los compañeros tendrán noticias de este proceso, el Partido se construye sobre la base de las organizaciones revolucionarias integradas, pero, buscando sus militantes en los mejores cuadros, en los mejores trabajadores de cada centro de producción, de cada actividad social, en forma absolutamente inédita, porque lo tradicional era que el Partido lograra sus títulos de gobernante en la lucha por el poder y, una vez en él, consolidara su papel de conductor exclusivo del proceso del Estado y del Gobierno.

Por último, compañeros, algo de segunda importancia, pero que tal vez valdría también siquiera mencionar: Los métodos de trabajo, ligados al problema anterior del partido de vanguardia. El análisis de su intervención directa desde la administración, desde el centro político del poder, como consejero e inspirador del gobierno y como autoridad indiscutida sobre las masas, o su papel de conductor, de guía, de educador, procurando a través de la movilización de las masas, bajo su inspiración central, hacerlas coincidir con lo que en la altura, en la cumbre, el gobierno estima conveniente para los intereses del país y del movimiento.

Creo, compañeros, en un tiempo relativamente prudente, haber podido sugerir el ámbito de nuestra discusión y haber realizado un breve inventario de las cuestiones que debieran ser abordadas por los compañeros inscritos para participar en este seminario.

Nada más y muchas gracias.